

CUENTO N° 167

TÍTULO: UN MILAGRO DE VERANO

SEUDÓNIMO: SOL

AUTOR: JORGE ALBERTO PAVEZ URRUTIA

UN MILAGRO DE VERANO.

Ese día había llegado temprano a la playa. Después del tercer chapuzón estuvo por lo menos una hora echado de espaldas, con el sol cayendo a plomo. Primero le pareció que su cuerpo desaparecía, sintió como si el universo entero cayera de bruces y no supo cómo ordenar los pedazos. La luz plateada que venía del mar pareció fundirlo en la arena y aspiró profundo el azul del cielo. Tanta belleza lo hizo sentir extraño, ajeno, como si no fuera él quien estuviera tendido sobre la toalla, porque de pronto la tierra y el espacio se colmaron de olores, creyó respirar de golpe todo el yodo y la sal del aire, y el ojo ya no fue tal, sino solo la espuma derramada sobre las rocas negras del acantilado y unos insectos minúsculos que daban vueltas y vueltas sin encontrar el camino de regreso. Aquel día no volvió a almorzar. Se quedó con los ojos entrecerrados, casi sin moverse, la vida pareció suspenderse sin una nube en el cielo. Eran solo él y el mar, sus dieciséis años y algo semejante a la plenitud. Cuando decidió regresar ya era plena tarde.

Nunca supo qué lo impulsó a no repetir el camino habitual. Se internó por la quebrada y siguió bordeando la pared de ladrillos un rato largo, hacia los cerros. Cuando se perdió la huella, enfiló hacia una senda lateral, que se empinaba por unas lomas pardas. Jamás había caminado por allí. Se veían solo sitios eriazos, manchones de pasto seco, cardos en tierra reseca, rodeados de empalizadas o mallas de alambre. El camino descendía suave hacia el mar que se veía distante y silencioso.

De pronto, observó, un conjunto de casas de madera con grandes ventanales y terrazas. Mientras caminaba por ese sitio desconocido, casi tuvo la certeza de formar parte de un sueño, sintió que la luz, el silencio, el aire y el tiempo se encogían sobre sí mismos, lo envolvían y no podía hacer nada, salvo continuar un libreto, en que con cada paso, cortaba una realidad ajena, fuera de él, pero concreta como el cemento. Respiraba magia e incertidumbre. Pensó que si no ocurría algo que rompiese ese momento, la tierra se tragaría el cielo y al hacerlo engulliría también la respuesta de todas las preguntas, respecto de la realidad y los sueños, quedarían solo el vacío en su estómago y la luz reflejándose huidiza en los cristales de los ventanales. Entonces ocurrió el milagro.

Desde este momento no tengo clara conciencia si lo que me ocurrió fue real, lo imaginaste, o rescatabas un recuerdo desde un tiempo no vivido y acomodabas los hechos que acontecieron. Caminaste con la vista fija en el mar lejano, el mismo que solo hace un rato escuchabas y sentías casi a tu lado.

Ahora se había convertido en un silencioso manchón azul plateado con tenues rizados blancos movedizos. Recordaste que no habías subido a almorzar y te preguntaste si habrían partido la sandía que compraras hace un par de días. Al pensarlo te vinieron ganas de saborear un pedazo, uno grande. Sentiste sed. Un par de golondrinas dieron varios giros y desaparecieron delante tuyo. De pronto el día cambió y todo se puso de cabeza. La viste. A lo lejos, sentada en una baranda, la divisó. Rompía absolutamente la inmovilidad del paisaje y de la vida. Era una chica como de su edad, aunque no podía estar seguro. Su figura

contrastaba con el azul del mar. Semejaba la imagen de la placidez, vestía jeans y una blusa rosada. Cuando estuvo a unos cincuenta metros, repentinamente ella giró la cabeza y no le cupo duda de que le observaba con curiosidad. Delgada y frágil, de melena rubia. Mecía sus piernas con un suave vaivén, mientras sus ojos parecían llamarlo .Era muy linda. Le resultaba extraño que no la hubiera visto antes en la playa o caminando por la rambla. Quizá era una veraneante recién llegada y aún no salía de casa. Lo que fuera, solo tenía conciencia de su belleza atemporal y de que su mirada abiertamente lo invitaba a amores y aventuras... Mientras se acercaba, el mar desapareció, también su sed, solo ensayaba distintas alternativas de establecer un diálogo, "Hola, te vi de lejos, estoy perdido, primera vez que camino por aquí, dime sabes cómo puedo llegar a la plaza desde acá, Hola, disculpa, vivo frente a la plaza, no te había visto antes, me llamo Iván, Hola , hace mucho que estás veraneando por acá, cómo te llamas...? podríamos ser amigos..." , mientras caminaba y la aparición no dejaba de observarlo con sus ojos celestes clavados en él diciéndole detente conversemos quiero conocerte. Al pasar a su lado, olvidó todos los ensayos, quedó en blanco, y aunque alguna fuerza interna le decía que se detuviera, sus piernas continuaron moviéndose. Estuvo a punto de preguntarle cualquier cosa y así asegurar volver a verla, y anudar, a lo mejor, un amor romántico como los que siempre buscó sin hallarlo jamás. Pero no se detuvo, siguió de largo, a pesar de que ella con su mirada lo llamaba a gritos.

No giró la cabeza y otra vez mantuvo la vista fija en el mar. Mientras apuraba el camino a casa pensó que esa aparición fijaba un límite. Un antes y un después

que no lograba descifrar, le pareció que el día retomaba su marcha, retornó el oleaje distante, sintió frío y una puntada lacerante en el estómago, junto con el dolor retornaba la mirada celeste y una voz que nunca escuchó diciéndole por qué no me hablaste, búscame, búscame. En cuanto llegó a casa cortó un pedazo grande de sandía, sintió el jugo fresco corriendo por su brazo recordó el mito de las sirenas y de inmediato se dijo que tenía que volver a buscarla. No se despidió ni habló con nadie al salir casi corriendo de casa. Retomó esperanzado el camino hacia los cerros, el sol se ponía a sus espaldas y quizás por eso, tuvo la curiosa percepción que había cambiado el paisaje.

Parecía todo distinto, caminó y caminó hasta el lugar que creyó era el sitio donde la había visto. La calle estaba vacía, no se divisaba un alma, tampoco al interior de las casas, la mágica luminosidad crepuscular que surge cuando el sol declina destacaba con mayor nitidez los contornos. Reconoció la baranda donde la había visto sentada, pero correspondía a una casa que se veía desocupada. Mientras la observaba acarició la madera de la baranda como constatando que era real y no la había imaginado. Observó unas gaviotas girando lentas en el cielo y creyó escucharlas. A partir de ese momento pasó varios días repitiendo el camino de esa tarde. La buscó en distintos lugares, desde luego, en la playa, en la rambla, en los sitios más concurridos del balneario, en los terminales de buses, en el correo, en la plaza, en cada calle, a distintas horas. La buscó como poseído, creyendo a veces reencontrarse con su rostro, o reconocer sus ojos, pero el entusiasmo se tornaba amargor, siempre era alguien parecido, pero no aquella con la que cruzara miradas esa tarde mágica. Tras cada esfuerzo fracasado, el encono íntimo se

clavaba como puñal, por haber desaprovechado el momento cuando estuvo tan cerca de conocerla. Nunca más apareció. Hasta que lentamente la rutina plomiza de los días fueron tornando grises los colores mágicos de esa tarde y su recuerdo.

Mañana vuelvo a Santiago. Con mi pasaje en la mano anticipo el retorno, imagino el bus desplazándose lentamente mientras observo rostros anónimos, veraneantes se dirigen a la playa, bolsos coloridos, algunos con toallas al cuello, familias con niños pequeños. Nada se mantiene piensas, mientras continuas observando la calle que caminabas todos los días de vuelta de la playa, algunas casas de veraneo ya con ventanas clausuradas. Es la temporada de vacaciones que concluye, abandonas estos paisajes que quizá no volverás a ver nunca más. Hoy viviré acá mis últimas horas de verano. Mañana acomodado en mi asiento echaré un último vistazo por si ella y su familia volvieran en el mismo bus. Anticipo el resultado y apuro el paso a casa. He llegado a pensar que esa aparición de verano nunca ocurrió. Pero si no fue un sueño, dudo que ella recuerde ese muchacho moreno que pasó a su lado y siguió de largo. Solo puedo decir que ese día me sumergí en sus ojos celestes y al hacerlo todo tuvo sentido, la mañana en la playa, el sol, el cielo sin nubes, el que no siguiera el camino habitual de regreso a casa y ella misma en esa senda solitaria, esperando que pasara y la perdiera para siempre.